

PQ 2227
M7
561
V4



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
MOHICANOS DE PARÍS.

CAPÍTULO VII.

LOS TRES RECUERDOS DEL DUQUE DE REICHSTADT.

Sintió Rosa que el príncipe la cogía por la mano y la levantaba del suelo: entonces fijó los ojos en él.

No menos conmovido que ella, tenía los ojos en el cielo, y dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

— ¡ Oh ! ; lágrimas preciosas ! ; lágrimas de Aquiles ! exclamó la joven enjugándolas con sus labios ; ; lágrimas caídas del corazón del hijo, sobre la tumba del padre, sed recogidas por la Francia ! ; Oh ! continuó con entusiasmo, ; así es como os amo, mi hermoso duque ! Al veros así transfigurado, doy gracias á Dios por haberme colocado cerca de vos, como el cáliz destinado á recibir el rocío de vuestras lágrimas. Llorad, llorad, mi hermoso duque: las lágrimas del hijo son fecundas, y caen en lágrimas de duelo sobre el féretro del padre. Llorad mientras estamos solos ; vuestras lágrimas son como las violetas, sólo brotan á la sombra ó en la obscuridad.

Y hablando así la joven, cubría de besos castos como

los de una hermana el rostro del príncipe, todo húmedo de lágrimas.

Y él respondía besándola con pasión, pero con un pensamiento, sin embargo, que parecía cernerse por encima de las nubes.

— Sí, sí, querida, tú lo has dicho; Dios es quien te ha colocado cerca de mí, como el ángel de las lágrimas; sólo delante de ti, querida criatura, bajo tu mirada bienhechora, salta y corre esa fuente de compasión, que está en mí agotada, y vuelta atrás bajo la mirada de los otros.

— ¡Duque mio!

— Bendita seas, continuó el príncipe sin pensar en enjugar las lágrimas que parecían descargar el pecho; bendita seas por las dulces horas que me da tu recuerdo, y la preciosa vida que me da tu presencia. ¡Oh! tú lo has dicho, contigo sola puedo llorar y sonreír alto; contigo sola puedo olvidar y recordar; contigo sola, en fin, puedo hablar de mi padre y de la Francia.

Comprendió Rosa que por aquel camino era por donde había de llegar á su objeto.

— ¡Oh! ¿los recuerdos, mi hermoso duque? preguntó. Entonces háblame de ellos, te lo suplico. Yo también, yo también, dijo ella con un suspiro, también tengo sueños, como Mignón y como tú, de una madre y de un país perdidos.

— Sí, dijo el duque, cuya mirada límpida y encantadora parecía ver en el pasado; sí, recuerdo á mi padre, pero en una sola circunstancia. Una noche me desperté en mi cuna, como cuando en medio de su sueño se siente cerca la presencia de alguno que os ama. Dos personas estaban en pie cerca de mí: la una mi madre, la duquesa de Parma (el joven pronunció estas palabras con

una profunda amargura); la otra mi padre, el emperador Napoleón, y al contrario, al pronunciar estas palabras, levantó el príncipe la mano como para tocar al cielo.

Se bajó sobre mi lecho y me besó. Yo rodeé su cuello con mis brazos y le besé también; pero cosa singular, me queda de aquel abrazo paternal el mismo recuerdo que me quedaría del beso de una estatua.

— Y sientes siempre ese beso, ¿no es verdad, duque mio?

— Sí.

— ¿Ves siempre al que te lo ha dado?

— Sí.

— ¡Oh! conserva ese recuerdo en tu corazón, no lo olvides nunca.

— No hay peligro, dijo el joven con una sonrisa melancólica y poniendo su mano sobre el pecho, eso es todo lo que me queda de él; no tienes idea de cuán bello era, Rosa; bello como una efigie antigua, como la medalla de Alejandro, como la de Augusto.

— Dícese que te pareces á él; mi hermoso duque.

— ¡Sí, como el sueño fugitivo y sin cuerpo se parece á la estatua de bronce! No, añadió con un acento casi doloroso, no; yo tengo los ojos de mi madre, los cabellos de mi madre; ¡no, yo soy austriaco, y me llamo Frantz!

— Tú eres francés, y te llamas Napoleón, te lo digo yo, replicó la joven. Vamos, hablemos de tu padre, hablemos de la Francia.

— Ya te he dicho el único recuerdo que de mi padre tengo; partía para aquella grande y espléndida campaña de 1814, donde toda la gloria estuvo de parte del vencido. Con frecuencia he comparado á mi padre con Aníbal vencido por Scipión, y sin embargo, más grande ante la posteridad que su vencedor.

— Sí, sí, más grande que Scipión, más grande que César, más grande que Carlomagno, más grande que todo. Oh duque mío, qué ejemplo...

— Aniquilador, Rosa, y eso es lo que me desespera: ¿qué hacer, después de semejante hombre? Mira, pienso con frecuencia que he sido colocado por el destino cerca de esa gran figura, como una sombra pálida y melancólica destinada á hacerla resaltar; como los egipcios á quienes el pintor pone al pie de las pirámides, para hacer resaltar la pequeñez del hombre y la grandeza del monumento.

— Y sin embargo, duque mío, el árabe puede trepar por la pirámide, el árabe puede llegar á la cúspide de la gigantesca obra; es verdad que para llegar á esa alta cumbre cada escalón es de dos codos.

— Yo sucumbiré, Rosa, no tengo fuerza para ser grande.

Y se dejó caer sobre el sofá.

— Ni aun la tengo para ser feliz.

Echóse la joven á sus pies, y pensó que era preciso atraer sus ideas hacia recuerdos menos destructores.

— Veamos ahora, dijo la joven, cuáles son vuestros recuerdos de la Francia.

— ¡Oh! esos se limitan á dos.

— Decídmelos, mi querido príncipe, dijo la joven apoyando sus dos brazos sobre las rodillas del príncipe, cuya frente, pensativa é inclinada, desaparecía bajo sus hermosos cabellos rizados.

— Un día, creo que era el aniversario de mi nacimiento, el 20 de Marzo de 1814, una semana antes de dejar á Paris para siempre tal vez, brillaban en el cielo los primeros rayos de la primavera; volvíamos en mi carruaje Mad. de Montesquieu y yo. De repente vi muchas flores;

¿dónde? nada sé. Sabes cómo amo las flores, Rosa. ¡Oh! quiero flores, exclamó, quiero muchas flores; quiero más, quiero que se llené de ellas mi carruaje.

Fueron á buscarme las más bellas flores.

Mientras tanto, miraba yo por la portezuela, y en el entresuelo, por encima de mi cabeza, ví sentados cerca de una ventana un joven y una joven que trabajaban cada cual de su lado, el joven en hacer dibujos, la joven en hacer flores.

— Toma, dije á Mad. de Montesquieu, yo creía que era Dios el que hacía las flores.

— Sin duda, señor, me respondió, es el buen Dios quien las hace.

— Pero no, le dije mostrándole la joven, bien ves que son las mujeres.

Sonrióse ella, y yo continué mirando y escuchando.

La joven cantaba una canción con un estribillo, y el joven cantaba el estribillo con ella.

— Sin duda se les dijo desgraciadamente que era yo el que estaba allí cerca de ellos, delante de sus ventanas, porque de repente cesaron, el uno de hacer dibujos, y la otra de hacer flores, y los dos se pusieron á gritar: « ¡ Viva el rey de Roma! »

Pero yo gritaba por mi parte: « ¡ Quiero que canten! ¡ quiero que canten! »

El carruaje partió.

— Rosa, aun estoy viendo aquellos dos bellos jóvenes á su ventana. Con frecuencia después he hablado de ellos á Mad. Montesquieu. Cuando era niño me decía que eran hermanos; pero después he comprendido que eran amantes. Dos jilgueros saltaban en una jaula, la joven cantaba, Rosa. Yo me pondría á hacer dibujos esta misma noche si

pudiese ir á hacerlos á París en una habitacioncita á orillas del Sena, mientras que tú hicieses flores y cantases esa canción que ha permanecido en el fondo de mi memoria. ¡ Oh ! si supieses cuántas veces desde entonces he pasado horas de insomnio por recordar las diferentes medidas de ese aire dulce y melancólico como un aire de Weber.

— Decídmese ese aire, mi querido duque ; tal vez lo sepa yo.

Intentólo el príncipe, pero en vano ; á la tercera ó cuarta nota se rompía el aire entre sus labios.

— ¡ Oh ! si yo supiese la música, dijo, estoy bien seguro de que recordaría la letra. La he mandado pedir en todas partes, en todos los almacenes de música de Viena y de Alemania ; en todas partes la he mandado buscar, hasta en la embajada de Francia.

— Pero en fin, ¿ no recordáis el título de la canción.

— No ; ni aun creo haberla oído entera. Habré oído una copla ó dos de ella. ¡ Eh ! Dios mío, te refiero esto querida Rosa, para decírtelo que no he olvidado el país de mis primeros años.

— ¡ Oh ! Dios mío, mi querido duque, ¡ cuánto desearía saber esa canción !

— Tal vez, bien mirado es absurda, dijo el príncipe, pero esto me admiraría mucho ; porque he conservado de ella un recuerdo tan puro, tan dulce, tan fresco : ¡ oh ! mi infancia transcurrida ; ¡ oh ! mi país natal desaparecido ; ¡ oh ! las flores de que se llenaba mi carruaje ; ¡ oh ! la ventanita con los dos amantes ; aquel joven haciendo dibujos y la joven cantando :

No de la bellorita
imites nada,
y de los ojos huye...

Lanzó Rosa un grito y corrió al piano.

— ¿ Adónde vas ? preguntó el duque.

— Aguardad, monseñor, dijo la joven, ¿ sería esto por casualidad ?

Y dejando correr sus dedos sobre el piano, después de un brillante preludio, hizo oír un aire suave, al que cantó estos versos :

No de la bellorita
imites nada,
y á las miradas huye
de la mañana.

— Eso es, eso es, exclamó el joven. ¡ Oh ! tú la sabes, tú sabes mi canción. Canta, canta, yo te lo suplico.

La joven cantó :

Sobre el mullido césped, la hermosa bellorita
Entreabre al primer rayo, brillante, matutino,
De su collar los pliegues, y muéstrase bonita
Á todos cuantos pasan allí por el camino.

No de la bellorita
imites nada,
y á las miradas huye
de la mañana.

— ¡ Oh ! eso es, eso es, exclamó el joven, más contento que si hubiera hallado un tesoro.

La joven continuó :

Allá en los verdes prados, la tierna margarita
Paséase coqueta : persíguela ¡ ay ! el viento ;
La abraza enamorado, ¡ mas ay ! la florecita
En brazos de su amante expira en un momento.

No imites, prenda amada,
la margarita,
y huye hasta del aliento
de dulce brisa.

— ¡ Me acuerdo, me acuerdo ! exclamó el príncipe palmoteando. Canta, Rosa, canta, que te escucho.

Rosa continuó :

En medio de los bosques, las castas violetas
Ocultan su hermosura, contando su amorio
Secreto á hierbas solo calladas y discretas,
Durante aquellas noches hermosas del estío.

Al fondo de moradas
frescas y umbrías,
huyamos reunidos,
hermosa mía.

Y después de cada verso, el joven repetía el verso, y después de cada estrofa la estrofa, y no dejó que Rosa se quitase del piano hasta que supo la canción entera, tanto la música como la letra.

Pero la bella y poética joven comprendió que acababa de separarse de su objeto ; dirigió la vista al reloj ; eran las dos de la mañana menos diez minutos : adivinaba que el general Premont ó Sarrantí, ó los dos tal vez aguardaban, mirando á la ventana, la señal que debía dárselos.

Así que, volvió al segundo recuerdo del duque de Reichstadt.

— Pero monseñor, dijo la joven, me había hablado además de un relámpago de su juventud, de un reflejo de sus primeros días. No le perdono el que me lo cuente.

— ¡ Oh ! ese, dijo el duque, dejando caer la cabeza sobre el pecho, ese se refiere á cuando me fué preciso de-

jar las Tullerías por Rambouillet. El enemigo iba á cercar á París. Mi madre me dijo : Ven, Carlos. Pero yo exclamé : ¡ No, no quiero irme, no quiero dejar las Tullerías ! y me agarré á las cortinas del lecho, á los tapices de la puerta, gritando : ¡ No, no, no, no quiero irme de aquí !

Me llevaron á pesar mío, continuó el joven con voz sofocada. Un presentimiento me decía, que nunca volvería á ver las Tullerías ; mi presentimiento no me ha engañado.

— Pues bien, monseñor, dijo la joven ; si queréis, pensad bien en ello ; no habréis dejado las Tullerías para siempre ; las volveréis á ver si queréis.

Y corrió á la ventana, á la tercera ventana del ala derecha del castillo de Schœnbrunn mirando á Meidling ; y cogiendo las cortinas con una mano, con la otra levantó y bajó tres veces la bujía.

Se recordará que esta era la señal pedida por el general Lebastard de Premont.

El joven dió desde luego un paso para impedirlo ; pero reprimiendo casi en el momento aquel primer movimiento de debilidad, dijo :

— Vamos, es preciso que se cumpla el destino de todos los hombres ; ¡ gracias, Rosa

Cinco minutos después se oyó el ruido de un caballo que pasaba á paso largo por el camino real, en dirección de Meidling á Viena.

CAPÍTULO VIII.

QUE PARA NADA ES ÚTIL MÁS QUE PARA SATISFACER UN
CAPRICHIO DEL AUTOR.

Un novelista hábil y deseoso de no debilitar el interés de su obra, saltaría por encima del capítulo que se va á leer, y pasaría en seguida del galope del caballo que lleva á su amo hacia Viena, á la aparición de Mr. Sarranti.

Pero permítasenos por hoy ser un novelista inhábil. Ya lo hemos dicho : esta historia es una historia que referimos, por decirlo así, en la intimidad de tres ó cuatro mil amigos. Nos tomamos, pues, la licencia de obrar según nuestra fantasía, y no con un compás, seguros como estamos de que se nos escucha con indulgencia y que se nos ama hasta en nuestros defectos.

¿ Qué queréis ? ¡ No hemos tenido valor para abandonar así aquellos dos bellos jóvenes, á quienes nos vamos á ver obligados á dejar después de algunos capítulos, quizá para no volverlos á ver nunca, y que para nosotros, recuerdos de nuestro corazón más bien que creación de nuestra mente, tienen todo el encanto de Daphnis y Chloé de Longus, de Romeo y Julieta de Shakespeare, de Pablo y Virginia de Bernardino de Saint-Pierre!

Inventad la más graciosa postura que podáis prestar á dos jóvenes griegos, á dos hermosos veroneses, á dos seductores criollos de la isla de Francia, y no os presentarán un cuadro más gracioso que el que nos presentarán los dos héroes de este relato en el momento en que volvamos á entrar en el dormitorio del joven príncipe.

Por segunda vez el príncipe se había rendido bajo el esfuerzo ; el príncipe había desaparecido, reemplazándole el niño tímido y enfermizo. Era él quien á su vez estaba acostado sobre los cojines, y cuya cabeza pálida, cuyas arterias convulsivas se extendían sobre las rodillas de Rosa.

Sentada la joven sobre una otomana, formaba con sus dos manos extendidas un collar al duque. Sus dedos rosados y afilados se cruzaban bajo la barba aun imberbe del príncipe, tirándole dulcemente la cabeza hacia atrás, y miraba con sus ojos negros y aterciopelados el azul húmedo de los ojos de su amante.

¡ Oh ! ¡ cuántas veces, cuando he conocido la impotencia de mi pluma para describir lo que se veía tan bien en el espejo de mi imaginación, cuántas veces he lamentado el no tener, en vez de la impotente pluma con que intentaba describir, el pincel mágico del Ticiano ó de Albano ! Pero ¿ qué queréis ? Á nadie más que á Miguel Ángel le fué dado el recibir del cielo cuatro almas. Es preciso contentarse con lo que el Señor nos da, y no seré yo quien, por más motivos que para ello tenga, quizás me queje de la avaricia de Dios.

Cansado el niño de haber tocado por un momento á la altura de la energía del hombre, había tornado á ser niño. Rosa había comprendido su debilidad, y acariciaba al príncipe como una madre á su hijo, ó más bien como una hermana mayor á su hermano.

¡ Ah ! no dejaremos de volverlo á decir : era un cuadro adorable ver aquel rostro un poco afeminado tal vez, pero dulce, suave, puro, echado hacia atrás y sonriendo con los labios entreabiertos, dejando ver detrás de los labios los dientes como perlas, y aquella hermosa y dulce criatura que tenía á la vez por el sublime abandono una triple

afección, adicta como la de la madre, indulgente como la de la hermana, tierna como la de la mujer.

¡ Oh ! ; cuántas veces en las horas de tristeza y aislamiento le había calmado, mecido y dormido con sus caricias, sus canciones y sus besos, como lo hacía en aquel momento llorando con él, consolándose con él, riendo con él, pronta á partir si él lo ordenaba, pronta á quedarse si él lo quería, pronta á morir si él lo deseaba !

Y es que su solicitud para el ilustre niño era inmutable, infinita, suprema ; es que estaba orgullosa con él, orgullosa y loca al mismo tiempo.

Hubiérase dicho que aquel joven era su criatura, que ninguna otra persona, ni hermana, ni madre, ni nodriza tenía derechos sobre él. Sentía su aliento, su vida, su alma, íntima é indisolublemente unidos á la vida, al alma, al aliento de su amante. Aquella solicitud, aquel cuidado, aquellos agasajos en la sonrisa, en la mirada, en el gesto, eran los que hacía tres meses que habían hecho olvidar al joven su dorado cautiverio ; y la prisión del príncipe, cambiada por Rosa en su paraíso, se había convertido en un lugar de delicias del que nunca hubiera pensado en huir el joven.

Pero aquella tierra encantadora era semejante á la isla flotante de Latona ; parecía estar anclada como un navío, y á cada instante el cable, ora roto por la mano de Dios, ora cortado por la de los hombres, podía hacer que la isla cayese hacia aquellos horizontes ambiciosos que se esforzaban en ocultar al joven duque.

En aquellos momentos era cuando el joven aguilucho, sintiendo sus alas, pensaba en abrirlas y en volar.

Pero aquellos deseos de libertad que agitaban á veces el corazón del joven, se disipaban al instante al soplo de las

pasiones caprichosas del niño ; y como cuando más joven dejaba su libro por ver desfilar un cortejo militar, ya más crecido dejaba sus recuerdos y sus aspiraciones de ambición política, por ver desfilar, como blancas teorías coronadas de flores, el luminoso cortejo de sus ilusiones amorosas.

Pero entonces el príncipe encontraba un sostén á su virilidad en aquella misma joven, á quien tal vez no se dejaba penetrar hasta él más que con la esperanza de que la extinguiese ; entonces, en vez de ser enemiga de aquel porvenir lleno de tempestades, pero lleno también de deslumbradora luz, se tornaba en aliada de él ; en vez de combatir contra él, combatía á su favor ; en vez de rebajar el príncipe hasta ella, intentaba elevarse hasta el príncipe.

Pero hasta allí, amante, apasionada, en vez de ser la voz que aconseja, era el eco que responde ; en vez de ser la columna de fuego que guía á través del desierto, era el hogar que calienta ; combatía, pero sin fuerza, sin voluntad, sin objeto ; y aquellos combates, comenzados por ple-garias, excitaciones y bravos, concluían siempre por besos.

Pero aquella noche, la carta del general indio la había transformado, y se ha visto la influencia que acababa de tener sobre la determinación del príncipe.

Aquella determinación comenzaba á espantar al joven después de haberla tomado.

En medio de las mil pretensiones de aquel género de que había sido objeto, era la primera vez que consentía en recibir á un extranjero, á un servidor de su padre, sin la autorización del príncipe de Metternich, sin el beneplácito de su abuelo Francisco ; y seguramente nunca hubiera llegado á tanta audacia, si la joven no hubiera estado allí para exaltarle, sostenerle y hacer, en fin, materialmente,

al dar la señal de la cita del día siguiente, lo que él nunca se hubiera atrevido á hacer por sí mismo.

Todas las dificultades de semejante empresa se le venían entonces á la mente, y cualquiera que fuese la audacia, cualquiera que fuese la destreza, cualquiera que fuese la abnegación de aquellos dos hombres, no podía menos de temblar por él, y sobre todo por ellos, al pensar que al día siguiente, á la misma hora, en vez de hablar de amor con una dulce querida, hablaría de fuga, de conspiración y combates con un rudo y severo guerrero.

Así que, en medio de aquel silencio, extendido sobre el cuadro que hemos intentado describir, y que por su inmovilidad se parecía á un grupo de mármol pintado, á veces el príncipe, estremeciéndose de repente, sacudía la cabeza.

Entonces la joven le preguntaba:

— ¿ En qué pensáis, monseñor ?

Pero el príncipe continuaba silencioso y como si el ruido que hubieran hecho sus pensamientos al formularse le hubiera asustado, pensaba en voz baja.

Por último, á una de aquellas preguntas respondió:

— ¿ En qué pienso, Rosa ? Pienso en la locura de esos hombres.

— ¡ En su locura, monseñor ! Hubiera creído que V. A. pensaba en su adhesión.

— Cuando hablo de su locura, aludo á ese imposible proyecto de penetrar hasta aquí.

— Nada es imposible, monseñor, para quien quiere firmemente. ¡ No hemos leído juntos la historia de un prisionero francés, llamado Latude, que tres veces se escapó de su prisión, dos veces de la Bastilla y una de Vincennes !

— Sí, tú has visto algunas veces un prisionero huir de su prisión ; pero nunca has visto un amigo entrar en ella.

— Entrarán, monseñor.

— Sí, pero los verán, los denunciarán, los arrestarán ; ¿ no sabes de qué manera invisible se me guarda ?

— Ellos lo saben, puesto que os dicen que no os confiéis á nadie.

— Si voy á dar un paseo sobre el Danubio, hay un pescador que arregla sus redes, justamente á cien pasos del punto en que yo abandono la tierra ; su barca deja la ribera al mismo tiempo que la mía ; aparenta no verme y no me pierde de vista.

Aparenta no conocerme, y si me acercó á él, si le dirijo la palabra, balbucea las palabras de alteza y monseñor.

— ¿ Creéis que ignoro yo eso ?

— Si voy á caza y me dejo arrebatar en persecución de un ciervo, y por inadvertencia ó voluntariamente me pierdo bajo la bóveda de nuestras inmensas florestas, bajo la sombra de nuestros grandes bosques, y que llegado allí, creyéndome solo, lejos de todas las miradas, respiro libremente, no como respira un príncipe, sino como respira el último de los hombres, oigo á cincuenta pasos de mí la canción de un leñador que ata su haz ; aquel leñador me aguardaba á mí. La cuerda con la que ata la carga de madera tiene una de sus extremidades enrollada en derredor de mi bota, y veo que me había equivocado ; que los árboles no tienen sombra, que la floresta no tiene soledad.

— Nada nuevo me decís, monseñor.

— Si durante las noches de estío me ahogo en estas habitaciones de espesas tapicerías, y deseo bajar á este parque, cuyos frescos tapices se desplegan á mis ojos, encuentro lo primero en la escalera algún ayuda de cámara retrasado que sube la escalera, mientras yo la bajo ; á la puerta un centinela que se detiene y me presenta las ar-

mas ; entonces, fastidiado de ser príncipe, sin cesar príncipe, siempre príncipe, lo mismo en la obscuridad que á la luz, me lanzo en el parque, dejo las calles y me interno en el laberinto del verde bosque ; ¿ crees que soy solo, Rosa ? te equivocas : oigo detrás de mí el ruido de una rama que da un chasquido ; veo que un tronco de un árbol se desdobra, que una sombra se desliza ; estoy tan cautivo como en mi habitación, sólo que mi prisión, en vez de tener veinte pasos de diámetro, tiene tres leguas de circunferencia ; no es que mi ventana tenga una reja, es que mi horizonte tiene un muro.

— ¡ Ay ! lo que me decís, monseñor, todo el mundo lo dice como vos ; ¿ pero dónde estaría el mérito de llevar á cabo lo que emprenden, si la tarea no fuese difícil, exorbitante, casi imposible ?

— Renunciarán á ella, Rosa, dijo el príncipe, disimulando sin duda una esperanza.

— Monseñor, es tanta verdad, que el temor, y no la convicción, os hace decir esas cosas, como que me hayáis puesto mala cara cuando entré en vuestra habitación.

— ¿ Mal recibida ?

— ¡ Oh ! ; la mala cara que tenéis á veces, príncipe mío !

— Estaba triste, Rosa.

— Decid que estabais celoso.

— Sea, estaba celoso.

— Puf ; ¿ qué cosa tan villana son los celos, monseñor ! Dejad eso para los príncipes de la casa de Austria, y amad, puesto que sois francés, como se ama en Francia.

— ¿ Sabes, pues, cómo se ama en Francia, Rosa ?

— No ; pero he oído decir, Dios mío, que en Francia los celos eran el mayor ultraje que se puede hacer á una mujer.

— Hay verdad en eso, Rosa ; pero esa verdad no tiene lugar respecto á ti, que no eres francesa, ni austriaca, ni

inglesa, ni española, ni italiana, aun cuando tenga en ti sola al menos uno de los dones que Dios ha dado á cada uno de esos bienhadados países.

— ¡ Oh ! exclamó el joven rodeando con sus brazos el cuello de Rosa, y levantando sus labios ardientes hasta el rostro de su amada : ¿ cuán bella eres y cómo debía amarte tu madre !

— ¡ Virgen María ! exclamó la joven dirigiendo la vista á la péndola ; ¿ más de las cuatro ! Adiós, adiós, duque mío.

— ¡ Ya !

— ¿ Cómo ya ?

— Sí, tenemos aun tres horas de noche.

— ¿ Y cuándo habéis de dormir, monseñor ? ¿ Cuándo tomaréis ese reposo de que tan grande necesidad tenéis ? En primer lugar os prevengo una cosa, y es, que si no me dejáis marchar, no volveré mañana.

— Te equivocas, Rosa ; quieres decir esta noche.

— Mañana, monseñor, esta noche recibis á Mr. Sarranti, no lo olvidéis.

— Sí ; pero si por casualidad no viniese...

— Lo sabria yo, puesto que á mediodía aguardo la visita del general.

— Pero ¿ cómo he de saberlo yo ?

— Os escribiré.

El príncipe palideció.

— ¿ Y á qué mensajero osarías confiar una carta semejante ? La joven reflexionó.

— No conozco uno solo, dijo el príncipe.

— Yo conozco uno, dijo Rosa.

— ¿Cuál ?

— Venid, monseñor.

Pasó la joven su brazo por debajo del brazo del príncipe,

y le condujo hacia un pequeño gabinete contiguo á su dormitorio. Era una habitación de ocho ó diez pies cuadrados, expuesta al mediodía, llena de tiestos de flores y cajas de arbustos, y de cuyas ventanas enrejadas se cerraban por la noche los vidrios interiores, que se abrían de día.

Aves de todas clases de las especies más raras, rojas, azules, verdes, doradas, plateadas, dormían allí en toda clase de posturas.

En medio de aquel cuartito, ó más bien de aquella gran jaula, estaba fija una gran percha de palo de rosa, coronada con un techo en forma de castillo chino, pequeña prisión en medio de la grande.

Aquel era el kiosko de las palomas.

Al acercarse los dos jóvenes, con el ruido que hacían, una de las palomas hizo un ligero movimiento; sacó su cabeza de debajo del ala, hizo brillar en la sombra su ojo dorado, y pasó su rosado pico á través de una de las puercecitas de su pabellón.

Parecía la paloma tornera.

Inspeccionó los recién venidos, y sin duda quedó satisfecha de su inspección, porque á su vista hizo un pequeño arrullo, que quería decir:

— Podéis acercaros, amigo Frantz y amiga Rosa, porque os conocemos hace tiempo, y sabemos que nada tenemos que temer de vosotros.

— Pues bien, ¿qué? preguntó el duque á Rosa.

— Ahora bien, monseñor, ¿no comprendéis de qué mensajero quiero hablar?

— ¡Ah! si tal.

— ¿Teméis que ésta os haga traición?

— Eres una hada, Rosa.

Y el príncipe abrió la puerta, alargó el brazo y cogió

sobre su bastón la paloma que á su llegada les había saludado con su arrullo.

— Ven, mi bella mensajera, le dijo besándola; no llores así, no dejas tu nido más que por algunas horas, y yo dejaría de muy buena gana el mio por dormir por toda una eternidad en aquel en que tú vas á estar.

Y alargó la paloma á la joven, después de haber besado segunda vez la cinta de terciopelo negro, anudada por la naturaleza en torno de su cuello.

Cogióla Rosa, la besó en el mismo sitio, abrió vivamente su pañuelo, y la ocultó en su pecho.

Era preciso separarse.

Convínose en que la paloma llevaría la respuesta entre las doce y la una, y que á aquella hora el duque la esperaba á la ventana.

En seguida se separaron los dos jóvenes, Rosa haciendo jurar al duque que no la aguardaría más al balcón, el duque haciendo jurar á Rosa que vendría al día siguiente para no marcharse hasta el postsiguiente al amanecer.

CAPÍTULO IX.

LA APARICIÓN.

Al día siguiente, ó más bien á la siguiente noche á las altas horas, el duque de Reichstadt, á pesar de la súplica y de la prohibición de Rosa, á pesar del juramento que había hecho sobre aquella súplica y aquella prohibición, estaba el duque de Reichstadt como la vispera, á la ventana, aguardando, no á la joven, como la vispera, sino á